

El sueño de Eichmann

Michel Onfray

Entre el 30 y el 31 de mayo de 1962, en la celda de Eichmann, la noche anterior a su ejecución.

Eichmann duerme.

En el fondo del escenario, una pantalla (que constituye un segundo escenario sobre el primero) por donde desfilan a cámara lenta imágenes de Hitler en su automóvil. El Führer parece deslizarse por encima de la multitud. Música de Pascal Dusapin.

Sobre una mesa hay dos o tres libros, un cuaderno, un lápiz, una botella de agua y un vaso. Más atrás, una cama y una mesita de noche con un libro y unas gafas y, junto a ella, una silla.

Sobre el escenario pero fuera de la escena de la celda, se observa una tumbona. En ella está echado Nietzsche, cubierto por un tejido de color crudo hasta el mentón. Se lo reconoce por su grueso bigote. Sus intervenciones tienen un tono irónico, lapidario, cómico, sentencioso.

Al levantarse el telón, hay una completa oscuridad. El espectador descubre la disposición escenográfica de esta situación poco a poco, a medida que aumenta la intensidad de la iluminación. Se trata de sugerir la ensoñación y luego el sueño, con un hábil juego de luces y claroscuros. El conjunto se muestra en una relativa oscuridad. Los personajes evolucionan en una zona de luz cenital que acompaña sus movimientos.

Un guardia realiza sus rondas por una pasarela metálica desde donde s domina la celda. El hombre va y viene a intervalos regulares observando lo que sucede debajo.

Kant viste su ropa de época; chaleco amarillo, levita parda, medias claras, pantalón gris, zapatos de lazo, peluca blanca con una coleta atada con cinta.

Eichmann viste el uniforme caqui de los prisioneros.

Kant (casi en voz baja): Eichmann... (Elevando apenas la voz.) Eichmann...

Eichmann se vuelve en la cama sin despertarse.

Kant: Eichmann...

Eichmann se despierta, asombrado pero no dice nada.

Kant: Despierte, tengo que hablar con usted.

Eichmann: (se despierta, se sienta en la cama, se coloca las gafas que ha tomado de la mesita de noche y se pregunta qué está sucediendo): ¿Qué pasa? ¿Es usted Kant? ¿Emmanuel Kant?

Kant: Sí, soy yo...

Nietzsche (*sin dar crédito a sus ojos, dirigiéndose únicamente al público como lo hará de ahora en adelante*): ¡Pues vaya! ¡El mismo chino de Königsberg... No lo puedo creer!

Kant: Quería decirle... (*Una pausa. Kant busca las palabras.*) Digamos que desde que supe que usted se declara seguidor de mi filosofía para explicar su pasado criminal, no tengo la conciencia en paz... (*Silencio.*) Quisiera hacerle algunas preguntas, realmente me gustaría comprender... (*Silencio.*) Usted le dijo al tribunal que durante toda su vida había intentado vivir siguiendo los principios de mi filosofía... (*Silencio.*) Eso es lo que dijo, ¿no es verdad? (*Silencio. Eichmann no responde.*) Si es así, debo decirle que, ni siquiera después de mi muerte había previsto decirle que, ni siquiera después de mi muerte, había previsto yo semejante contrariedad, nunca algo así... (*Da unos pasos por la celda. Preocupado, trata de encontrar las palabras. Después de un silencio, vuelve a hablar.*)

Mientras tanto, Eichmann se incorpora en la cama y adopta una actitud atenta esperando la continuación.

Kant: Empecemos por el principio... Algún día tiene usted que haber tomado conocimiento de mi filosofía... ¿no? ¿Cuándo ocurrió? (*Silencio.*) ¿Cuándo y cómo? ¿Con quién? (*Silencio.*) Y, en primero lugar, ¿me leyó usted verdaderamente?

Eichmann: Sí, sí, lo he leído...

Kant: Pero, entonces, ¿qué? ¿Qué leyó usted? Quiero decir, ¿cuál de mis libros leyó?

Eichmann: “*Crítica de la razón práctica...*”

Kant (*incrédulo*): ¡No!

Eichmann: Sí, lo leí con mi padre.

Kant: ¿Su padre?

Eichmann: Sí, mi padre

Kant: ¿Era profesor de filosofía?

Eichmann: No, de ningún modo... Era contable en una compañía de electricidad. Pero eso no es un obstáculo para leer sus libros, ¿no?

Kant (*dubitativo*): No, por supuesto que no, pero... (*Deja la frase en suspenso.*)

Eichmann: Mi padre era creyente, muy practicante. Iba a la iglesia todos los domingos. Mi madre, mis hermanos, mi hermana y yo íbamos con él. Por la tarde también asistíamos con él a la Asociación de Jóvenes Cristianos. Mi padre pertenecía además al consejo presbiteriano de la parroquia protestante de Linz, la ciudad donde vivíamos.

Kant: ¿Y su madre?

Eichmann: Mi madre murió cuando yo tenía diez años. También era muy piadosa y cristiana practicante. Después mi padre volvió a casarse con una mujer que también era creyente e iba a la iglesia asiduamente.

Kant: ¿Y la filosofía?

Eichmann: A mi padre le gustaba mucho leer. Y lamentaba que en aquella época yo leyera tan poco. Tenía una espléndida biblioteca llena de clásicos. Él fue quien me dio su “*Critica*” y también me hizo leer a Schopenhauer. Con él comprendí que la vía de la religión es mucho más fácil que la de libre albedrío...

Kant: ¿Y le resultó fácil leerme? Digamos... ¿me comprendió? ¿Está seguro de haberme comprendido bien?

Eichmann: No, no fue fácil, por supuesto, pero mi padre leía conmigo y me ayudaba a comprender lo que usted decía. Hablábamos de los temas que él consideraba importantes y me daba ejemplos...

Kant: ¿Ejemplos?

Eichmann: Sí, para hacerme comprender la teoría, me pintaba una situación que hacía más claro el pensamiento.

Kant: Por ejemplo...

Eichmann: Por ejemplo, sobre el imperativo categórico...

Kant: ¿Ah, sí? (*Dudando.*) ¿Y usted podría decirme algo más del imperativo categórico?

Eichmann: Sí, por supuesto.

Kant: Por ejemplo, ¿qué es el imperativo categórico?

Eichmann: Por supuesto... Yo diría... (*Se detiene un momento y, como si recitara una lección, continúa.*) El principio que rija mi voluntad debe ser siempre de tal condición que pueda constituir el principio de las leyes generales...

Kant (*sorprendido*): Sí, sí... A grandes rasgos es eso...

Eichmann: ¿Cómo «a grandes rasgos»...?

Kant: No, bueno sí, es eso... En el espíritu, indudablemente

Nietzsche: ¡Tartufo!

Kant (*retomando su ímpetu y luego tono erudito*): Digamos... (*Momento de vacilación.*) Yo escribí precisamente: «Obra de tal manera que la máxima de tu voluntad pueda al mismo tiempo valer siempre como principio de una legislación universal». Por lo tanto, sí, podemos decir que lo que usted dijo...

Eichmann: Bien, sí...

Kant: ¿Entonces?

Eichmann: Entonces yo intente poner en práctica esta idea y vivir mi vida según ese principio.

Kant: ¿Y con esa idea contribuyó a dar muerte a millones de personas organizando formaciones de trenes que los conducían a los campos de exterminio? ¿Cree usted que puede uno poner en práctica mi filosofía exigente, austera, rigurosa y difícil, y desembocar sin más en una aberración semejante? (*Se calla un momento, reflexiona y retoma su discurso.*) ¿Sabe usted que en mis tiempos hubo estudiantes que se debatieron a duelo porque uno sostenía que para comprender, y digo bien *comprender* (*hace hincapié en la palabra*) mi filosofía, hacía falta pasar al menos treinta años estudiándola en el universidad? Hasta mis amigos me han reprochado la dificultad de mi escritura. Uno de ellos llegó a decirme un día que no tenía dedos suficientes para señalar los paréntesis, las comillas o las palabras que constituían un problema en cada página. Consigo a duras penas completar una página, me decía, ¡y ya no tengo dedos suficientes para continuar! La filosofía no es un asunto fácil... Y la mía, aún menos. Uno no se acerca a ella sin pincharse. Además, yo no escribo para la mayoría. Me gustaría mucho hacerlo, pero mis temas no lo permiten... Imagina usted bien que cuando uno ha comprendido, si está completamente seguro de haber comprendido, sólo ha recorrido la mitad del camino. Pues, luego, hay que pasar al acto, ajustar la práctica a la teoría. Usted conoce mi imperativo categórico, sea. Ya es algo y está bien. Pero ¿qué puede usted haber comprendido adecuadamente de él para haber hecho lo que hizo? ¡Millones de muertos! ¡Realmente! (*Agotado, irritado*) En el caso muy preciso de la ejecución de la solución final, ¿querría alguien universalizar esa máxima?

Eichmann: Mi problema no era el contenido de la máxima, si no la máxima misma. Me daban órdenes; yo debía obedecerlas. No tenía que examinarlas, discutir las ni comentarlas. No tenía que examinar su legitimidad. Yo pertenecía al ejército y usted es quien lo dice, como me lo repitió tantas veces mi padre, el soldado no tiene que discutir las órdenes que recibe. Si no, ¿A dónde iríamos a parar? Por otra parte, si en aquella época me hubieran dicho: «Tu padre es un traidor, debes matarlo», yo lo habría hecho... Pues hallaba en la obediencia una forma de realización personal. Usted decía, creo, que al desobedecer una persona descalifica la fuente del derecho y que, a partir de entonces, ya nada es posible. Ni el pensamiento ni la acción. Hasta ése era su argumento para prohibir la mentira en todos los casos, ¿no es verdad?

Kant (*refunfuñando enfadado*): En efecto... (*Silencio.*) Pero, aun así, usted podría haber ejercido su juicio sobre el contenido de la máxima, ¿no? No se le pide que sea una maquina, que obedezca sin reflexionar. Por lo menos yo no pido eso... ¡De todos modos! (*Hace una pausa.*) ¿Nunca aplicó usted su inteligencia a analizar el contenido (*hace un movimiento con un dedo como para subrayar la importancia de la palabra*) de esta máxima? ¿Nunca? ¿Verdaderamente? Si yo hubiese tenido que contentarme con hacer el elogio de una obediencia ciega y estúpida, ¿qué necesidad habría tenido de escribir tantos libros? ¿Y de complicar tanto el razonamiento y precisar de tal modo los detalles?

Eichmann: ¡Por supuesto que pensé en el contenido, que reflexioné... Además lo hice con mucha frecuencia... Pero, aun cuando desaprobara el contenido de la máxima —derecho que usted mismo me reconoce—, el deber me obligaba a obedecerla... Mi padre citaba a menudo esta frase suya que yo recuerdo exactamente: «Sería muy peligroso que un oficial que ha recibido una orden de un

superior quisiera razonar en su servicio sobre la oportunidad o la utilidad de dicha orden; debe obedecer».

Nietzsche (*en un aparte, dirigiéndose al público al que toma de testigo. Enfático, acompaña sus palabras grandes ademanes*): ¡El funcionario como cosa en sí mismo!

Eichmann: (*haciendo un paréntesis e interrogando a Kant con la mirada*): Es lo que hice, ¿no?

Kant (*molesto*): En cierto modo, sí, en cierto sentido, sí... (*Reflexiona*)

Eichmann: Usted dice claramente que un soldado, un oficial, un sacerdote, un ciudadano pueden muy bien pensar lo que quieran, comunicarles sus ideas a sus colegas, incluso sus desacuerdos, pero que en todos los casos deben obedecer a sus superiores, someterse a su jerarquía y nunca desobedecer...

Kant: (*decidido, convencido*): Eso es lo que dije, sí, en efecto...

Eichmann: ¿Entonces?

Kant: ...

Eichmann: ¿Qué cree usted? Cuando mis superiores me enviaron al lugar a ver cómo se arreglaba la cuestión judía, ¿qué cree que sentí yo? He asistido a la matanza de personas que esperaban de pie en fosas comunes a las que en un minuto más tarde se las sepultaba. Había niños en los brazos de sus madres. He visto asfixiar a judíos desnudos con gas carbónico dentro de las cajas de los camiones donde los transportaban. He visto descargar los cadáveres. He visto a civiles arrancándoles los dientes de oro. He visto con mis propios ojos surgir sangre de debajo de mis pies, como si fuera un manantial, porque me había parado sobre una fosa común donde la presión de los gases de la putrefacción proyectaba la sangre como un géiser. He visto, en Auschwitz, las cámaras de gas. Me negué a acercar el ojo a una mirilla como me pidieron que hiciera, para asistir al detalle a todo aquello, pues estaba horriblemente asqueado... (*Silencio. Eichmann se sienta en el borde de la cama. Se pasa la mano por la cabeza y se coge la cabeza con ambas manos. Durante ese tiempo, el guardia continúa haciendo sus rondas por la pasarela de acero. Y lo hace como si nada ocurriera debajo.*) ¿Cómo podría no haberme sentido conmovido... Ante semejante espectáculo... (*Nuevamente se produce un largo silencio.*)

Kant: ¿Y entonces?

Eichmann: Y entonces, ¿qué?

Kant: ¿Entonces?

Eichmann (*sin levantar la mirada del suelo*): Entonces reflexioné, por supuesto, pensé en todo eso, no podía quitármelo de la cabeza. Bebí. Bebí mucho... Coñac... Demasiado. (*Silencio.*) Luego hable con Müller... (*Mirando a Kant.*) Müller era mi superior jerárquico... (*Volviendo a fijar la mirada en el suelo.*) Le dije que hasta qué punto estaba conmovido, que había caído en un estado de postración y que ni siquiera estaba en condiciones de hacer el informe oral que me habían pedido...

Kant: ¿Cómo reaccionó él?

Eichmann: No reaccionó... En fin, sí, sonrió, se contentó con sonreír, como de costumbre, y no dijo ni hizo nada más... Por otra parte, creo que él se hallaba en la misma situación que yo. También él obedecía.

Kant: ¿Y después?

Eichmann: Después me envió a hacer otras inspecciones.

Kant: Que usted realizó, ¿no?

Eichmann: Sí, por supuesto. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Kant: Evidentemente... (*Pensativo, el filósofo recorre la celda, de un extremo a otro, con las manos cruzadas a la espalda, mientras Eichmann permanece inmóvil en la misma posición. Largo silencio.*)

Eichmann: Pero yo cambié mucho después de todo aquello... Uno no sale indemne de lo que se vio allí. No, sencillamente es imposible... Es evidente que muchas cosas cambiaron en mí...

Kant: ¿Ah, sí? ¿Qué cosas?

Eichmann: Antes, yo obedecía y, al mismo tiempo, consentía en hacer lo que hacía. Al menos mi conciencia consentía...

Kant: ¿Antes de qué? ¿En qué consentía antes?

Eichmann: Antes de Auschwitz... Antes de haber visto lo que vi en Auschwitz. Antes de las cámaras de gas... Antes de verlas... (*Mirando a Kant.*) Al principio, se me había encomendado resolver pacíficamente la cuestión judía. (*Cobra vivacidad, cierto entusiasmo.*)

Kant: ¿Pacíficamente?

Eichmann: Sí, pacíficamente.

Kant: ¿Y cómo era eso?

Eichmann: Yo siempre fui sionista. En todo caso, nunca fui antisemita

Nietzsche: (*sacudiendo la cabeza en señal de denegación y con expresión consternada*): ¡Y ahora esto!

Eichmann: Al menos, menos antisemita que usted, porque usted escribió ciertas frases...

Kant (*incómodo*): Sí, lo sé, no son de las frases de las que esté más orgulloso, teniendo en cuenta como evolucionaron las cosas luego... No puede uno sentirse orgulloso de haber escrito contra los judíos, sobre todo cuando ve cómo esa pasión malsana proliferó después como un tumor maligno.

Eichmann: Por mi parte, no era antisemita. No tenía nada en contra de los judíos. Tampoco tenía nada a favor. No tenía ninguna opción formada sobre el asunto...

Nietzsche sacude nuevamente la cabeza para mostrar su desagrado.

Eichmann (*después de un silencio, continúa*): Al principio, yo trabajaba en un plan de «deportación» masiva de judíos a Madagascar o a Palestina, un lugar donde pudieran vivir entre ellos...

Kant: ¿«Deportación» dice usted?

Eichmann: Sí, pero le recuerdo que la palabra es suya.

Kant: ¿Cómo “*mía*”?

Eichmann: Es la palabra que utiliza usted para justificar que se aleje de un país a los que han sido culpables de un crimen...

Kant: Pero ¿de qué crímenes eran culpables los judíos? Los criminales de los que yo hablaba habían asesinado, habían cometido fechorías, eran culpables de cometer infracciones castigadas por la ley. Yo pensaba en los rufianes y bandidos. Pensaba en los asesinos. En fin, lo escribí pensando en toda una categoría de gente que, por sus actos, se hubieran colocado fuera de la ley. A ellos las autoridades podían perfectamente ponerlos en un barco y conducirlos a una isla alejada del país donde habían hecho sus maldades para alojarlos en un presidio o algo por el estilo... Pero, a los judíos, ¿qué podía reprochárseles tan reprochable como un crimen o un asesinato?

Eichmann: ¡Ah, no era a mí a quien correspondía juzgar semejantes asuntos! El Führer fue elegido democráticamente por el pueblo alemán que votó en las urnas. Él expresaba la soberanía popular... ¡Él era legal y legítimo! Legal, por lo tanto (*enfatizando*), legítimo. Las leyes que él dictaba eran por esa misma razón legales y legítimas. (*Se detiene y señala a Kant con el índice.*) Además, no veo cómo puede usted reprocharme que me haya sometido a un poder legítimo cuando, en sus libros, enseña que todos deben someterse al poder en vigor, aun cuando éste ocupe el lugar que ocupa por un acto ilegal como un regicidio, un tiranicidio, un golpe de fuerza, una usurpación sangrienta del poder... Usted es quien dijo que uno debe obedecer al que está en el poder porque esa persona es el poder. Usted es quien prohíbe investigar de dónde procede su legitimidad siempre que la tenga... (*Triunfante.*) De modo que, con mayor razón, cuando un poder obtiene su legitimidad de la legalidad, uno debe obedecer sus órdenes. Yo no tenía por qué ocuparme de las razones ni de las motivaciones de esas decisiones y debía actuar en consecuencia. Se me ordenó que trabajara en la fuerza «deportación» de esas poblaciones, que las enviara fuera del territorio alemán y lo hice concienzudamente, hasta podría decir escrupulosamente...

Kant (*dubitativo*): Sí, es verdad...

Eichmann: Yo era un soldado del Reich, un funcionario que había prestado juramento, por lo tanto debía obedecer la ley. Nunca actué personalmente, según decisiones individuales. Siempre apliqué las disposiciones oficiales, de conformidad con los decretos, las normas de aplicación, los reglamentos de la policía, las órdenes y las instrucciones de mis superiores... (*Se pone de pie, da algunos pasos por la celda. Kant lo mira. Los dos permanecen en silencio un largo rato.*) Mientras no se tratara más que de eso, antes de Auschwitz, todo marchaba bien... Yo obedecía, pero no tenía problemas de conciencia. Estaba de acuerdo.

Había aprendido el idioma hebreo, leía libros sobre la civilización y la cultura judías, trabajaba en ese proyecto con los consejos judíos, con quienes me entendía muy bien y con quienes además trabajaba muy bien. Mientras todo se mantuvo en ese plano, las cosas marchaban...

Kant: ¿Y qué tuvo que pasar para que las cosas ya no marcharan tan bien?

Eichmann: ...

Kant: ¿Y qué? ¿Qué tuvo que pasar para que las cosas ya no marcharan tan bien?

Eichmann: Bueno, ciertos viajes... Cosas que he visto...

Kant: ¿Qué cosas han cambiado?

Eichmann: Bueno... Lo que cambió fue que no es lo mismo deportar a una población a una isla que destruirla físicamente (*acentúa la palabra*)...

Nietzsche asiente.

Eichmann (*sentándose nuevamente en el borde de la cama. Comienza un frase*): En Wannsee...

Kant (*interrumpiéndolo*): ¡Ah! ¿Estuvo usted en Wannsee?

Eichmann: Sí, estuve allí... (*Retomando la frase.*) En Wannsee, pues, se dijeron las cosas claramente, en 1942, el 20 de enero de 1942. Lo recuerdo muy bien: por orden del Führer se abandona la solución de la deportación de los judíos a un país extranjero, se detiene ese proyecto y se pone en marcha la solución final, dicho de otro modo (*remarcando cada palabra*), el exterminio físico de los judíos... (*Silencio.*) Entonces...

Kant: Entonces, ¿qué?

Eichmann: Entonces, todo cambió...

Kant: ¿Qué es todo?

Eichmann: Pues bien, todo... En fin, nada... Digo que todo cambió porque para la conciencia, ya nada era lo mismo... Pero en los hechos no cambió nada pues yo continué haciendo mi trabajo, continué obedeciendo... ¿Qué otra cosa podía hacer?

Kant: ¿Cómo reaccionó usted aquel día, ante el anuncio de semejante proyecto? Porque, de todas maneras, no se puede decir que no es nada encontrarse con algunos hombres encerrados en una misma habitación y decidir suprimir del planeta a varios millones de sus semejantes de un plumazo, ¡así sin más, antes de volver a casa a cenar con la familia, con la esposa y los hijos! No me dirá usted que el imperativo categórico desempeñó algún papel en este asunto. O yo ya no entiendo nada.

Eichmann: Le confieso que aquel día no debí da haber pensado mucho en usted. Ni en ninguna otra cosa, supongo. Con seguridad no pensé en el imperativo categórico... Tomé conciencia, sí, me di cuenta de que a partir de ese momento me exigía hacer ese trabajo. ¿Qué otra cosa podía hacer? (*Con la mirada perdida,*

Eichmann permanece con la cabeza gacha.) Bebí varias copas de coñac... Sí, bebí...

Kant: Dígame, pues, Eichmann, puesto que usted se reivindica incesantemente como defensor de mi pensamiento para justificarse, podría haber hecho funcionar un poco su inteligencia y su memoria, dejando un poco de lado su coñac y, por una vez, haberse preguntado acerca de la legalidad y la moralidad de todo este asunto. Ciertamente, la solución final era escrupulosamente legal, pero no era verdaderamente moral... ¿No es verdad?

Nietzsche (*siempre en un aparte*): ¡Pamplinas! ¡Pamplinas!

Eichmann: Puede ser...

Kant: ¿Sabe usted cuál es la diferencia? A ver, dígame cuál es la diferencia entre legalidad y moralidad.

Nietzsche: ¡El viejo profesor! ¡El incorregible profesor! ¡Vaya viejo sermoneador! (*Con un gesto de disgusto.*) ¡Puaj!

Eichmann (*reflexionando, reuniendo ánimos y con tono escolar*): La legalidad es lo que ajusta a la ley. La moralidad es lo que se hace por puro respeto a la ley, porque la ley es la ley. ¿No? (*Sin esperar la respuesta de Kant.*) Sobre la legalidad no había ninguna duda, pero sobre la moralidad tampoco: yo obedecía la *ley legal* (*remarca estas dos palabras*) y no tengo por qué examinar el contenido de la ley legal si ésta es legal. Puedo, dirá usted, pensar lo que quiera de ella, ciertamente, oponerme a ella en mi fuero interno, por supuesto, pero siempre que obedezca... Si hubiera estado yo con toda mi conciencia en contra de esa decisión, ¿qué parte de su pensamiento me permitía desobedecer, rebelarme, no ejecutar las órdenes? ¿Eh? (*Espera un momento y, ante el silencio de Kant, concluye.*) ¡Nada!

Kant permanece abatido.

Eichmann: ¿Qué me dice?

Kant (*recuperándose después de un momento de silencio*): No es tan sencillo... La moral consiste también en considerar a los otros como un fin y no como un medio. ¿Cree usted que, mientras usted enviaba a todos esos inocentes a la muerte, los trataba como un fin y no como un medio? ¡Vamos, pues! (*Pausa.*) La moralidad manifiesta que no somos más que lo que somos. Cuando usted obraba, cuando usted ocupaba esa función funesta de organizador de exterminio, usted estaba por debajo del hombre, pero seguramente no estaba en la moralidad. Bien podía estar dentro de la legalidad, que por cierto lo estaba, pero no estaba dentro de la moral. Esto no me lo podrá usted quitar del espíritu...

Eichmann: Entonces, ¿puede uno estar en la legalidad sin que ello implique actuar de conformidad con la moral? Pues ¿qué es lo que nos permite decir no a lo que es legal? ¿La moral? Pero ¿qué moral? Puesto que la moral consiste también en someterse a la ley. En la realidad, no distinguimos tan fácilmente como lo hace usted en sus libros lo que corresponde a la moral, a lo legal, a la ética y a la política. Todo esto parece sencillo, pero en el terreno, es otro asunto... Todas éstas son distinciones de papel... (*Pausa.*) Además, en ninguna parte de su obra existe un

derecho de resistencia. En ninguna parte autoriza usted la rebelión. Mejor aún, o peor, en todas partes, todo el tiempo, usted la prohíbe.

Kant (*incómodo*): Sí, en efecto...

Ambos permanecen en silencio largo rato.

Eichmann: ¿Entonces?

Kant (*mirando al suelo*): Entonces, nada...

Nietzsche: ¡Qué sujeto más torpe!

Eichmann (*haciendo un ademán para dar a entender que quiere volver sobre una idea no desarrollada suficientemente en unos minutos antes*): Volviendo a ese asunto de los judíos fuera de la ley que, a partir de un momento determinado quedan fuera de la protección de la ley...

Kant (*poniéndose en guardia*): Sí, ¿y qué?

Eichmann (*bastante complacido*): Pues bien, me recuerda una historia que me contaba mi padre... Nos hablaba de dos casos: el del niño nacido fuera del matrimonio y el del delirante, creo...

Kant: Sí, exactamente. Están en mi “*Doctrina del derecho*”.

Nietzsche: ¡Necesidades! ¡Necesidades! ¡Increíbles necesidades!

Eichmann: Sí, ese mismo. Es un libro que mi padre apreciaba muchísimo y que además me invitó a leer y a meditar frecuentemente. Decía que allí estaba toda su filosofía política...

Kant (*inquieto*): ¡Vayamos al asunto!

Eichmann: Allí voy. Como usted recordará, allí habla usted de un niño nacido fuera del vínculo matrimonial.

Kant (*impaciente*): Sí.

Eichmann: ...al que sus padres habrían matado...

Kant: Sí. ¿Y qué?

Eichmann: Pues... que usted decía que ese niño, puesto que había nacido fuera de la ley, no podía beneficiarse de la protección de la ley. Por lo tanto, ¿qué hacer con los padres homicidas? Pues, desde el punto de vista de la ley, no han hecho nada punible: en efecto, no es ilegal suprimir a alguien que está fuera de la ley... El niño, decía usted, se deslizó dentro de la República como lo habría hecho una mercancía prohibida... Puesto que ese niño no existe jurídicamente, el estado no tiene por qué perseguir a los padres infanticidas. Porque, desde el punto de vista de la ley, no han cometido ningún delito y, en consecuencia, no tienen nada que reprocharse.

Kant (*impaciente*): ¿Y qué conclusiones saca usted de eso?

Eichmann: Antes de sacar alguna conclusión, quisiera decirle que usted desarrolló los mismo argumentos en el caso del sobreviviente de un duelo al que el estado no podría perseguir por el homicidio de su contendiente porque el duelo está prohibido por la ley. También en ese caso, la falta de existencia jurídica implica directamente la falta de existencia.

Kant: ...

Eichmann (*encantado*): ¿No tiene usted nada que decir?

Kant: ...

Eichmann: ¿Y bien?

Kant (*incómodo*): En efecto, sí, eso es lo que dije...

Nietzsche: ¡Teología! ¡Teología! ¡Qué araña tejedora es este sujeto!

Eichmann: Ahora le diré mis conclusiones: cuando la ley organiza legalmente la extraterritorialidad jurídica de ciertos individuos o de una categoría de individuos, esos individuos o esa categoría no puede pretender beneficiarse del auxilio o del recurso de la ley... ¿No es así?

Kant: Imposible. Eso es imposible...

Abatido, se deja caer en la silla.

Nietzsche: ¡Ah, el cristiano pérfido!

Eichmann: De ahí que, en el caso de nuestro judíos, se imponga esta conclusión: cuando un gobierno legalmente elegido, que representa la soberanía popular encarnada en su canciller, el Führer, vota leyes que los excluyen de la comunidad, esas leyes son legales, ciertamente, pero además uno obra moralmente acatándolas porque lo que está en juego es la construcción de una política según el orden de las razones... ¡Legalidad, moralidad!

Nietzsche (*sarcástico*): ¡Ajá!

Se oye el sonido de pasos en el pasillo y luego el ruido de unas llaves. Se abre la puerta y entra un médico. El guardia continúa haciendo su ronda por la pasarela superior. Evidentemente, el sueño de Eichmann no es visible para él como no lo es para el médico que acaba de entrar en la celda. Por otra parte, el juego de luces puede hacer desaparecer a Kant de la escena. En ese momento Eichmann está sentado en la acama. El médico se le acerca.

El médico: Buenas noches.

Eichmann: Buenas noches, doctor.

El médico (*con el estetoscopio colgado del cuello, el tensiómetro en la mano y la historia clínica en la otra. Pone la carpeta sobre la mesa y le pide a Eichmann que se arremangue la camisa, cosa que el preso hace de inmediato. Le toma la presión arterial*): 14-6. Bien. (*Dirigiéndose a Eichmann.*) Levántese la camisa, por favor. (*Eichmann la levanta.*) Gracias. (*Le coloca el estetoscopio.*) Bien. (*Le toma el*

pulso.) Bien (abre la carpeta, anota las cifras. Mira los libros que están sobre la mesa y pregunta.): ¿Qué está leyendo?

Eichmann: A Platón.

El médico: ¿Platón?

Eichmann: Sí, Platón. “*La apología de Sócrates*”. Se lo pedí a mi hermano. También le pedí el Nuevo Testamento que está allí, al lado. (*Señalándolo.*) No pudo hacerme llegar todo, pero al menos éstos me los han dado.

El médico (*sacude la cabeza y vuelve a poner los libros sobre la mesa*): Bien, bien. (*Sin mirar a Eichmann.*) ¿Ningún problema en particular? ¿Algo que quiera consultarme?

Eichmann: No, nada, gracias, doctor. Muchas gracias...

El médico: Bueno, entonces, buenas noches.

Eichmann (*bajándose la manga de la camisa*): Gracias, doctor, que tenga usted también muy buenas noches.

El médico abandona la celda. Se oye el cerrojo de la puerta. Silencio. El retorno progresivo, lento, de la luz hace reaparecer a Kant en la escena.

Kant: ¿Eichmann?

Eichmann: Sí.

Kant: Hay algo que me molesta...

Eichmann: ¿Qué?

Kant: Cuando usted buscaba soluciones para aliviar su conciencia, ¿en qué pensaba? ¿Nunca consideró la posibilidad de encontrar una manera de sustraerse a esa situación?

Eichmann: Sí, por supuesto, uno piensa. Primero pensé en cambiar de destino... Partir al frente soviético...

Kant: ¿Y bien...?

Eichmann: Lo solicité...

Kant: ¿Y qué pasó entonces?

Eichmann: Pues nada, me lo denegaron...

Kant: ¿Hablaba usted de todas estas cosas con alguien? ¿Con sus padres? Su padre vivía todavía entonces, ¿no?

Eichmann: Sí, todavía vivía... Murió recientemente. (*Silencio.*) No, yo no hablaba con nadie de estas cosas y mucho menos con mi familia... Ni con mi padre, ni con mi mujer, ni con mis hijos...

Kant: ¿Y abandonar el ejército?

Eichmann: ¿Para hacer qué? No había tenido gran fortuna en los oficios que emprendí antes de entrar en el ejército; trabajé de empleado en varias oficinas y luego fui despedido... Además, habría sido sospechoso abandonar el ejército; mis jefes lo habrían considerado una desertión... No, era imposible. (*Hace una pausa y luego continúa.*) Lo que pensé muchas veces fue pegarme un tiro en la cabeza; lo pensé a menudo...

Kant: ¿Y?

Eichmann (*dubitativo*): Y nada, no... Falta de valor, probablemente. Tal vez debí hacerlo... Seguramente era lo que debía hacer. Pero no pude. No lo hice. (*Silencio.*) En aquella época bebía mucho... (*Silencio.*) Además tenía esposa e hijos y debía ocuparme de ellos...

Kant: Una justificación un poco débil, convengamos...

Eichmann (*súbitamente más locuaz*): Me hablaba usted hace un momento de mis padres. Recuerdo una frase de mi padre. El recuerdo de nuestras conversaciones sobre la moral, la religión, su filosofía...

Kant: Sí.

Eichmann: ¿No escribió usted en alguna parte que el hombre es un animal que necesita un amo? O algo semejante...

Kant: Sí, es verdad, yo escribí eso.

Nietzsche: ¡Seguramente!

Eichmann: ¿Qué quiso decir con eso?

Kant: En la perspectiva de una filosofía política, es necesario que haya un hombre al cual los otros hombres deben obedecer para evitar que cada uno tire para su lado y entre todos provoquen un increíble desorden. Hay que evitar que triunfe lo particular; lo que importa es lo universal. El hombre es imperfecto, tiene necesidad de ese amo que también es un hombre y, por lo tanto, también él, imperfecto. Pero hay que buscar al hombre que esté en mejores condiciones de construir la sociabilidad a pesar de la eterna insociable sociabilidad de los hombres. Sólo ese hombre puede edificar una comunidad coherente, una sociedad civil digna de ese nombre.

Nietzsche: ¡Excelente! ¡Admirable!

Eichmann: ¿Y por qué razón ese hombre no habría podido ser Adolf Hitler? ¿No es acaso la definición del conductor, del Führer, la que acaba de dar usted?

Kant no responde.

Eichmann: ¡Vamos, responda! ¿Nada se opone a que ese amo que usted propone con tanto entusiasmo para confederar la multiplicidad anárquica y convertirla en comunidad ordenada, para producir una sociedad civil digna de ese nombre, sea el Führer? ¡Respóndame!

Kant: No veo cómo podría decirle que no... Ni en nombre de qué...

Eichmann: ¿Cómo, pues, sería yo culpable de obedecer a ese hombre cuya palabra constituía en esa época la ley, toda la ley? Dígame, ¿cómo? El hablaba y ésa era la ley. ¿Qué podía hacer yo ante eso, solo en mi rincón, con mis pocas fuerzas y mis escasos medios?

Nietzsche (*dando un respingo en su tumbona*): ¡El imperativo categórico! ¡El imperativo categórico! ¡La belleza sublime del imperativo categórico!

Kant (*obligando a reconocer*): No mucho, en efecto... (*Da una vuelta en redondo por la celda.*) Pero, veamos, dígame, ¿por qué razones se hizo usted nazi? Porque de todos modos usted era nazi.

Eichmann: Sí, me afilié al partido nazi. Obtuve mi ficha de afiliación el 1.º de abril de 1932 ¡Imagínese! Entonces estábamos muy lejos de las cámaras de gas... Fue diez años antes.

Kant: ¿Había leído usted el libro de Hitler?

Eichmann: No, nunca lo leí completo. Lo hojeé, lo miré, pero nunca lo leí entero.

Kant: ¿Se afilió usted a un partido sin conocer siquiera su programa?

Eichmann: Me afilié porque estaba desocupado y ya no conseguía trabajo. No me quedaba otra opción. Despedido de la compañía donde trabajaba, tenía que encontrar un empleo y en aquella época no era sencillo. No sentía un odio particular contra los judíos. Lo que Hitler quería era volver a poner de pie a Alemania. Y yo estaba de acuerdo con eso. Y luego, cuando llegó al poder, legalmente, ¿cómo habría podido yo no ser solidario? Y, además, ¿con qué motivos? Durante los primeros años, dio trabajo a siete millones de desempleados. Hizo construir carreteras, escuelas, estadios, lugares de esparcimiento, vivienda para los menos favorecidos. Después nos devolvió la dignidad que habíamos perdido con el tratado de Versalles. Yo me afilié al partido y permanecí en él durante años, primero por todas esas razones y no para participar en la destrucción de los judíos en los campos de exterminio. (*Irónico.*) Hasta entonces, no había nada que contrariara el imperativo categórico, ¿no es verdad?

Kant (*exaltándose*): Pero, así y todo, me irrita y hasta me indigna, aun cuando no sea ése mi estilo, que usted pueda sacar semejantes conclusiones prácticas de mis teorías. Hasta me siento ofendido, porque ninguna de mis teorías contradice los actos que se le reprochan a usted. Peor aún, ahora veo cómo mi pensamiento riguroso, exigente, estricto, austero (*separa claramente cada palabra para darle mayor énfasis*) puede producir ese tipo de interpretación que, sin ser errónea, no deja de parecerme menos excesiva... ¡Usted radicaliza! ¡Eso es lo que hace! ¡Radicaliza!

Eichmann: De ningún modo. Sólo pongo en práctica. ¿Imaginó usted que alguna vez alguien pondría en práctica sus ideas y que, en esta perspectiva, hacía falta contar con lo real y con los hombres tales como son, antes que con lo real y los hombres tales como deberían ser? (*Silencio.*) La prueba de la encarnación de sus ideas muestra su radicalidad invivible... Usted es el radical, cuando se preocupa más por las ideas puras que por los hombres impuros... Usted ha vivido con la cabeza en su famoso cielo estrellado y yo en el lodo del mundo, pero éste es el único mundo que existe... Usted es puro, por supuesto, limpio, evidentemente, pero

nunca bajó del cielo de las ideas. Yo, por supuesto, por haber vivido en lo real, en la historia, en la materialidad de las cosas, soy impuro, sucio. Porque *he vivido*... Usted, Kant, ¿vivió alguna vez?

Kant (*asombrado, estupefacto*): Sí, he vivido, tenga usted la seguridad de que he vivido...

Nietzsche: No es tan seguro...

Eichmann: ¿Con sus estudiantes? ¿Impartiendo sus clases? ¿Escribiendo sus libros? ¿Leyendo?

Kant: Eso también es vivir, ¿no?

Eichmann: Si se quiere...

Kant se pone de pie y vuelve a sentarse. Va y viene por la celda sin decir nada.

Eichmann (*excitado y decidido*): En resumidas cuentas, yo no soñé ni leí mal ni interpreté equivocadamente sus ideas... ¡Y aun así! (*Hace una pausa y retoma el estilo de enumeración.*) Usted hace el elogio de la obediencia a la ley por la ley misma. Prohíbe la rebelión, la insurrección, porque todas esas actitudes descalifican la fuente del derecho. Usted condena el asesinato del soberano, aun cuando éste cometa abusos. Usted quiere que uno obedezca la ley y el derecho sin interrogarse sobre los medios por los cuales la ley llegó a ser ley. Pretende que hasta un poder que llegó a imponerse en virtud de la ilegalidad sea obedecido como un poder legítimo. Le prohíbe al pueblo todo derecho de rebelión. Elogia la sumisión a un amo. Justifica la deportación de aquellos a quienes la ley considera fuera de la ley. Teoriza la existencia real de todo ser que no disponga de existencia jurídica. Apremia al funcionario a que obedezca las órdenes que recibe, sin examinarlas. Restringe el uso del espíritu crítico al análisis interior o limitado al círculo íntimo de la comunidad ilustrada. Hace el juramento del aguijón de la conciencia y sostiene que hay que honrarlo absolutamente. Dice que hasta en el caso en que el gobierno cometa abusos insoportables —¿y por qué no pensar en el exterminio de los judíos?— siempre hay que obedecer lo que dicta la ley y...

Kant (*interrumpiéndolo*): ¿Verdaderamente dije yo todo eso?

Eichmann: Sí, lo dije.

Nietzsche (*pataleando encantado*): ¡Sí! ¡Sí!

Eichmann: Y también dijo que, aun en ese caso, uno debía obedecer esperando que se produjera una reforma que sólo podía realizar el soberano mismo. Obedecer, esperar, pero sobre todo no sublevarse... (*Silencio.*) ¿Se imagina usted al Führer tomando medidas para ir en contra de sus propias decisiones? ¡Vamos! ¡Usted sueña, Kant! ¡Sueña!

Nietzsche asiente con la cabeza.

Eichmann (*decepcionado*): Y aún en el caso en que el Führer, por defecto del toque de vaya a saber uno qué varita mágica, un día hubiese puesto fin a su política de exterminio, ¿qué debía hacer uno *mientras esperaba?* (*Destacando las últimas palabras.*) ¿Eh? ¿Qué hacer mientras uno espera ese día improbable?

Kant permanece silencioso, abatido.

Eichmann: Me da la impresión de que para usted los principios son más importantes que los hombres.

Kant sacude la cabeza asintiendo.

Nietzsche: ¡Muy cierto!

Eichmann: ¿Sabe usted por qué todo lo que hice durante esos años de nazismo puede reivindicarse hoy como kantiano sin torcer mucho su pensamiento? ¿Eh? ¿Lo sabe? (*Hace una breve pausa*) Se lo diré: porque, si bien usted no invita positivamente a hacer lo peor, tampoco lo prohíbe y *nunca* (*remarca claramente la palabra*) previó, pero *nunca*, ¿me oye usted bien?, consideró el derecho a decir que no. *Nunca* da usted la posibilidad de oponerse y de romper con el derecho, para que no se corra el riesgo de descalificar el derecho para siempre. (*Silencio. Eichmann mira a Kant que ya no puede más, sin embargo, prosigue.*) Usted destruye a los hombres con su obstinación por construir su famosa razón práctica. De tanto venerar las ideas, termina por despreciar a las personas. Realmente, me siento víctima de sus ideas...

Kant: ¡Bueno, no exageremos...!

Eichmann: No estoy exagerando...

Nietzsche muestra su desacuerdo.

Kant: Sí, un poco, sí... Usted parece creer que yo me equivoco en todo con mis ideas y que usted no se equivocó en nada con sus actos y sus gestos. Por un lado, una filosofía exigente y, por el otro, una práctica monstruosa. ¿Y mi exigencia sería más culpable que su monstruosidad? ¿Mi “*Crítica de la razón práctica*” detestable contra sus millones de muertos excusables? ¡Vamos, por favor!

Eichmann: Respóndame *sí o no* (*acentuando cada sílaba*): ¿se considera en toda su obra el derecho a decir no?

Kant: No.

Eichmann: ¿Lo ve usted?

Kant: Ésa no es una razón.

Eichmann: Por supuesto que lo es.

Kant esboza un ademán que parece traducir su embarazo, su impotencia, su negativa a seguir argumentando. Hay un largo silencio.

Eichmann (*cambia de posición, se estira en la cama y mira al cielo raso*): Y además, era la guerra... Una guerra lo cambia todo.

Kant (*victorioso, recobrando su energía*): Sobre este punto, no podrá usted enredar las cosas. Yo siempre estuve en contra de la guerra. Nunca la defendí. Dije que debíamos hacer todo lo posible por mantener la paz, que había que querer la paz. Y que, además, había que buscar los medios de construir con el derecho una paz perpetua. (*Triunfante*) ¿Qué tiene que decir sobre este tema?

Eichmann: Sí, lo sé y todo eso está muy bien. Pero es válido en tiempos de paz. Su deseo es un deseo que se puede cumplir mientras haya paz. La paz es un lujo para la moral y los moralistas que practican el derecho. Pero ¿qué hacer en tiempos de guerra? ¿Cuándo la guerra ya está allí? Uno se opone. Eso es muy sencillo en el papel. Uno escribe libros para decir que está en contra y que nunca la quiso. Muy bien. Da cursos, hasta, tal vez, para expresar su desaprobación. Perfecto. ¡Felicitaciones, profesor! Pero cuando la guerra ya se ha declarado cuando uno no la ha querido, no la ha decidido, no la ha elegido, ¿qué hacer? ¿Cómo se las arregla uno? Me gustaría haberlo visto y oído allá donde yo estuve...

Kant: ...

Eichmann: Le diré algo: en tiempos de guerra, si usted se opone a la guerra, inmediatamente está muerto, sin necesidad siquiera de participar en ella. El consejo de guerra y el pelotón de fusilamiento, en menos de una hora, resuelven la cuestión... Entonces, uno va y participa, como todos los demás. Y, como diría usted, resiste en su fuero interno, se recrimina íntimamente, siempre que su conciencia se revela, de acuerdo, pero, de todos modos, parte al combate...

Kant: ...

Eichmann: ¿Qué dice a esto? ¿Qué tiene para decirnos el filósofo que detesta la guerra y ama la paz? El filósofo que ostenta su derecho cuando las bombas caen sobre la ciudad y matan. Eso es filosofía, esto es algo concreto y merece respuestas... Al menos una...

Kant: ...

Eichmann: Como verá, desgraciadamente tengo razón. (*Hace un gesto de desprecio y después de una pausa, prosigue.*) Es muy loable el mundo de las ideas, pero las ideas y la vida son dos cosas distintas. Podría decirse que lo real no le interesa, que usted le da la espalda, como para castigarlo por dejarse devastar por lo que usted llama (*vacila*)... el «el mal radical», según creo.

Nietzsche asiente.

Kant (*con determinación, acentuando cada palabra mientras Nietzsche asiente con la cabeza*): Acepto cargar con todos los pecados del mundo. *De acuerdo*. Soy el culpable de haber creado una filosofía impracticable, *puede ser, lo acepto*. Cometí el error de alentar a los hombres a apuntar alto, demasiado alto. *¿Por qué no?* Creí demasiado en la razón y no creí lo suficiente en la realidad del mundo. *Me declaro culpable*. Construí un sistema demasiado estrecho y demasiado restrictivo para contener la vitalidad del mundo. *Ciertamente*. Propuse una moral de héroe y de santo. Ahora bien, en lo concreto, obtengo un discípulo que no honra mi nombre, que nada tiene de santo y que, a falta de heroísmo, se convirtió en un criminal de escritorio, en vez de dejar caer su propia mano sobre un hombre, se hizo cómplice de los verdugos. *Eichmann kantiano*, creí haberlo visto todo, pero nunca habría

imaginado... Vamos, *me declaro culpable*. Pero ¿usted? No da la impresión de ser el hombre que hizo posible el exterminio de millones de judíos. De todas maneras, el tribunal lo ha condenado a muerte (*hace una breve pausa*) en un país ¡donde ni siquiera existe la pena de muerte!

Nietzsche (*irónico*): ¡País kantiano!

Kant: Pero, en su conciencia, ¿cómo se considera usted?

Eichmann: Responsable, si se quiere, aunque... Pero culpable, indudablemente no. (*Se detiene a reflexionar por un momento y continúa.*) Responsable, pero no culpable.

Kant (*esbozando una leve sonrisa*): ¡Ah, sí, usted también!

Eichmann (*con expresión de no comprender*): ¿Por qué dice usted eso?

Kant: No, no, por nada. Continúe.

Eichmann: O diría que me siento culpable sin culpas... Digámoslo así. Sí, culpable sin culpas. (*Hace una pausa.*) ¿Responsable? ¿Culpable? ¿De haber sido fiel a mi juramento, entonces? ¿De haber obedecido a mis superiores? ¿Es uno culpable de estas cosas? ¿Puede serlo? Culpable y responsable como millones de otras personas... Por lo tanto, ¿por qué yo? No hice nada que estuviera en contra de la ley ni la religión de mi país. ¡Al contrario!

Kant: ¿La religión? Hablemos de la religión. Pues parece que, como mis ideas, tampoco fueron un obstáculo para que usted cometiera sus crímenes. ¿Tenía usted fe? ¿La tiene hoy? (*Pausa.*) ¿Cree usted en dios?

Eichmann: Sí, he conservado la fe durante toda mi vida. Creo en Dios y he permanecido fiel a la iglesia de mi infancia. Me case por la iglesia. Mi mujer lee la Biblia todos los días. Hemos criado a nuestros hijos en la fe cristiana. El partido nazi no tenía mayores enemigos que los ateos y los judeobolcheviques sin Dios. Pero no los cristianos...

Kant: ¿Y no podía ser nazi y cristiano? ¿No le parecen dos posiciones inconciliables: una religión de paz y de amor al prójimo con una ideología de destrucción de una parte de la humanidad? No le resulta difícil proclamarse defensor del Jesús del Evangelio y del Hitler de la solución final? ¿No le resulta problemático armonizar una sabiduría del amor y una política del odio? Las Bienaventuranzas en una mano y los documentos oficiales de Wannsee en la otra... ¿No le provoca todo esto cierto, digamos, malestar... por decir lo menos... una náusea, un profundo asco?

Eichmann: No, Hitler mismo se proclamaba devoto de Jesús de san Lucas que echa a los mercaderes del templo con un látigo. Y además, Jesús dice que ha venido para traer la guerra y no la paz, la discordia y no la armonía... ¿Qué dice usted a eso?

Kant: ¡Ese no es el Jesús de los Evangelios!

Eichmann: ¡Vaya, pues! Sin embargo todo eso está claramente dicho en san Lucas y en san Mateo. ¿No serían acaso los Evangelios?

Kant: Bueno, puede ser la letra, pero no el espíritu...

Nietzsche: ¡Ya!

Kant (*cambiando de tema*): Cuando usted se afilió al partido nazi, ¿se le pidió que abjurara de su religión?

Eichmann: De ningún modo. Jamás, no... Eso podía ocurrir, pero en algún caso, en conciencia... El partido no nos pedía que renunciáramos a la religión cristiana. Además, en su programa había un artículo, el vigésimo cuarto creo, que estipulaba que todas las religiones podían existir bajo el régimen siempre que no atentaran contra la raza o la integridad de la nación alemana. El partido defendía lo que llamaba un «cristianismo positivo» que no obligaba a ligarse, desde el punto de vista confesional, a ninguna religión determinada... Combatíamos el espíritu judeomaterialista ateo.

Kant: ¿Sin dejar de ser cristiano?

Eichmann: Claro. El nacionalismo nunca persiguió a los cristianos, con quienes mantenía relaciones bastante buenas. El papa mismo no halló nada que criticar a la doctrina nazi. Prueba de ellos es que no excomulgó a los nazis y, en cambio, excomulgó en su conjunto a todos los judeobolcheviques. Por otra parte, no puso en el *Índex* el libro de Adolf Hitler. ¡De lo contrario, lo habríamos sabido! (*Una pausa.*) Yo abandoné el protestantismo para convertirme al catolicismo cuando estaba en la Argentina...

Kant: Ah... ¿sí? ¿Y por qué?

Eichmann: Porque me pareció una buena manera de agradecerles a los sacerdotes católicos que me hubieran permitido salir de Europa en 1945.

Kant: ¿Y cómo fue eso?

Eichmann: No, no se trataba de huir de la justicia sino de escapar de la venganza, del ajuste de cuentas. Lo que me estaba reservado era una parodia de justicia. La justicia de los vencedores nunca es la justicia.

Kant: La justicia es siempre la justicia.

Eichmann: No, hay justicias injustas e injusticias justas... Cuestión de puntos de vista...

Kant: Como usted comprenderá, no puedo coincidir en esta visión de las cosas. No existen los puntos de vista, sino las verdades en la materia. (*Comenzando por hacer una demostración.*) La justicia...

Eichmann (*interrumpiéndolo*): Sí, ya sé, es lo que se ajusta al derecho, a la ley... (*Pausa.*) Yo lo sabía que iban a ejecutarme, de acuerdo con todas las formalidades, hasta las formalidades jurídicas, por supuesto, pero, de todas maneras, iban a ejecutarme. Y no tenía ganas de morir así, como culpable, sin proceso o, después de una parodia de proceso, como víctima. Por lo tanto... (*Pausa*) preferí partir a Sudamérica y quienes me ayudaron en esta huida fueron los católicos.

Kant (*sorprendido*): Ah, ¿sí?

Nietzsche (*con tono burlón*): ¡Sí!

Eichmann: Sí. Los católicos habían organizado un sistema de expatriación de los nazis para permitir que abandonaran Europa. Pasaban de un monasterio a otro para huir de Alemania. Llegados a Italia, a través de Suiza o de Austria, contaban con la documentación en regla que les proporcionaba el Estado del Vaticano. Los pasaportes y los visados les ofrecían la posibilidad de embarcarse hacia Sudamérica en la más absoluta legalidad.

Nietzsche: ¡Legalidad! ¡Legalidad!

Eichmann (*después de una pausa*): Estando en Buenos Aires, me pareció que estaba en deuda con los católicos, que tenía que agradecerles de algún modo... A ello se debió mi conversión.

Kant (*sacudiendo la cabeza*): ¡Regalo envenenado!

Nietzsche (*radiante*): No tanto, no tanto...

Eichmann: ¡Es usted quien lo dice!

Kant (*paseando en círculos por la celda*): ¿Cree usted en Dios?

Eichmann: Sí, por supuesto.

Kant: ¿Y cómo es su Dios? ¿A qué se parece? ¡Sorpréndame un poco! (*Parándose ante él.*) ¡Me temo que se entregue usted a un puro momento sofisticado!

Eichmann: Yo diría... (*Vacilando.*) Diría que se parece a algo que sería como el gran ordenador del mundo... Una especie de principio que hace que lo que es sea como es... De todas maneras, no sería un Dios que aplicara la moral, que castigara o recompensara, eso seguramente no.

Kant: Pero un Dios inmoral, ¿sería un error?

Eichmann: Para mí, no. Un Dios moral sería un error. Dios no puede castigar a los hombres que obedecen el curso del mundo puesto que ¡Él fue quien determinó el curso del mundo! Si no, Él mismo tendría que castigarse o recompensarse. Dios es todopoderoso y lo ha previsto todo siempre.

Kant: ¡No estoy de acuerdo! ¡No coincido con usted en absoluto! Dios no ha querido el mal que han querido los hombres. El primero hombre, desde el pecado original, transmite esta enfermedad mortal de generación en generación a cada miembro de su funesta descendencia. Los hombres fueron tallados sobre una madera curva en la que no se puede modelar nada verdaderamente recto... Usted mismo... (*Se interrumpe.*) Dios creó a los hombres libres y ellos, a su vez, crearon el mal y continúan creándolo sin descanso. Sin cesar, fabrican el mal, como embriagados por él, como hechizados por su potencia... Sus deportaciones... Sus persecuciones... Sus exterminios... Sus cámaras de gas, por ejemplo... Todo eso es el mal radical, el pecado original, la madera torcida, consecuencia de la falta del primer hombre... Sólo podremos salir de esto oponiéndole vigorosamente la santidad de la ley moral. Ésta es la única religión verdadera que puede salvarnos de esa condenación eterna de los primeros tiempos... (*Pausa.*) Dios no es lo que usted dice. Es la idea personificada del derecho y de la bondad. ¡Y ese Dios no puede

desear el exterminio de todo un pueblo! Si yo tuviera que creer en lo que usted sostiene, ¿debería creer que Dios quiso el exterminio de millones de judíos?

Eichmann: Puesto que no lo ha impedido, sí. Puesto que no hizo lo que hacía falta para que tal cosa no ocurriera, sí. ¡Hay que rendirse ante la evidencia! Pues Dios existe y tenía el poder de hacer que lo que sucedió no hubiese sucedido... El Dios de usted murió en Auschwitz mientras que allí mismo triunfaba el mío. ¡Tenga usted el coraje de sacar las conclusiones adecuadas!

Kant (*obstinándose*): No lo puedo creer... No puedo, no *quiero* (*poniendo énfasis en la última palabra*) creerlo.

Nietzsche: Y sin embargo...

Eichmann: No tiene que quererlo... Es un hecho. Su Dios murió en las cámaras de gas. Nos queda *mi Dios*, un Dios que está más allá del bien y del mal.

Nietzsche (*disgustado de que se use su fórmula*): ¡Vaya, vaya!

Eichmann: La moral es menos un asunto de Dios que de religión. Y la religión es un asunto de hombres... (*Señala los libros que tiene sobre la mesa.*) Estoy leyendo el Nuevo Testamento...

Kant: Una buena lectura, una lectura sana... Por otra parte, usted debió inspirarse un poco más en ella. ¡Eso le habría evitado cometer lo irreparable y alimentar el mal durante tantos años! ¿Y qué encuentra hoy en ese bello libro para salvar un poco su alma?

Eichmann: ¡Oh! No procuro salvar mi alma... Lo que busco... (*Vacila un instante, busca las palabras.*) Digamos que busco un poco de paz para mí mismo...

Kant: Y... ¿la ha encontrado usted?

Eichmann: Un poco, sí... (*Se pone de pie, toma la Biblia y la abre donde está el marcador. Lee.*) Escuche. Esta frase me encanta, me ayuda mucho en estos tiempos entre las cuatro paredes de esta celda: «Quien esté libre de toda culpa que arroje la primera piedra». (*Interrogando a Kant con un movimiento de cabeza.*) ¿Qué piensa usted de esta máxima? (*Silencio de Kant.*) ¿Quién, en este bajo mundo, está libre de toda culpa? Sólo alguien así, es decir, un santo, podría juzgarme a mí...

Kant: La rareza de la santidad no es razón para no juzgar, para no decir lo que es justo, para no expresar el derecho, para no hacer saber lo que...

Eichmann (*interrumpiéndolo, cansado*): Sí, ya sé, legalidad, moralidad...

Nietzsche (*repitiendo como una cotorra, como si recitara una canción infantil*): ¡Legalidad! ¡Moralidad! Legalidad, moralidad...

Kant: Por lo menos, ¿siente usted remordimientos? ¿Se arrepiente de lo hecho?

Eichmann: ¿Con qué objeto? Los arrepentimientos, los remordimientos son para los niños... No podrían cambiar nada, no impedirían que lo que ocurrió ocurriera... (*Hace una pausa y, desengañado, continúa.*) ¿Tuvo arrepentimiento o remordimiento el que lanzó una bomba sobre Hiroshima y luego, unos días después,

otra sobre Nagasaki? ¿Eh? ¿Hubo arrepentimiento en ese caso? No. Sin embargo, esa persona mató a miles de seres humanos lanzando sus dos bombas. ¿Y qué hizo? Lo mismo que yo. Exactamente lo mismo: era un soldado, recibió una orden y la ejecutó. Obedeció y ocasionó la muerte de trescientas diez mil víctimas... ¿Por qué no está preso? ¿Por qué no lo juzgan? ¿Por qué hasta los condecoraron a él y a toda su tripulación? ¿Por qué los sacerdotes bendijeron sus bombas antes de que partieran a lanzarlas? ¿Por qué a él no lo condenaron a muerte? ¿Por qué él, probablemente, muera de viejo en su cama? Él y los que lo acompañaban, él y quienes decidieron, los que dieron la orden... ¡Y usted me habla de justicia!

Nietzsche: Nada de eso es falso...

Eichmann: Voy a morir, lo sé, he sido condenado y se me ha negado el recurso de la gracia. No tengo remordimientos, ni me arrepiento. No hice nada más que obedecer las órdenes y fui fiel a mi juramento. Sólo la muerte del Führer podía librarme de él. Por lo tanto hoy estoy liberado de mi juramento. Querría solamente que hubiera paz, encontrar la paz, conmigo y con los demás, con todos los demás... Querría encontrar la serenidad que me falta desde hace tanto tiempo...

Kant: ¡Y a mí, también!

Eichmann: Si mi muerte pudiera asegurarme que nunca más volverían a darse situaciones semejantes, ¡yo mismo me colgaría en público! ¿Voy yo a expiar la culpabilidad de todo un pueblo? Tanto mejor, no me molesta, si aún puedo servir para eso, ¿por qué no? Pero ¿bastaría con esto? ¿Puede usted asegurarme que con mi cadáver ya nada será como antes? (*Silencio.*) Voy a morir. Todo esto va a detenerse... En cierto modo, mejor, estoy demasiado cansado... ¿La justicia? ¿Piensa usted que habrá sido justa? No lo creo. Justicia injusta, injusta justicia. ¿Quién puede permitirse juzgar a otro hombre? ¿Y en nombre de qué? ¿Quién puede juzgar a quien se conformó con obedecer?

Kant: Siempre es necesario que se haga justicia y, en su caso, más aún, porque...

Un ruido en los corredores amortigua la frase de Kant, quien desaparece súbitamente. En el mismo instante, también Nietzsche desaparece.

El reloj señala la medianoche. Es el 31 de mayo de 1962.

El carcelero entra acompañado de cierto número de personas. Eichmann se pone vigorosamente de pie, casi en posición de firmes. Comprende que vienen a buscarlo. La luz se extingue por completo sobre el escenario, que queda sumergido en una oscuridad total.

Se escucha una voz en off de una mujer mayor que lee el siguiente texto extraído del libro de Hannah Arendt, Eichmann en Jerusalén:

Adolf Eichmann se dirigió al patíbulo con gran dignidad. Antes, había solicitado una botella de vino tinto, de la que se bebió la mitad. Rechazó los auxilios que le ofreció un ministro protestante, el reverendo William Hull, quien le propuso leer la Biblia, los dos juntos. A Eichmann le quedaban únicamente dos horas de vida, por lo que no podía «perder el tiempo». Calmo y erguido, con las manos atadas a la espalda, anduvo los cincuenta metros que mediaban entre su celda y la

cámara de ejecución. Cuando los celadores le ataron las piernas a la altura de los tobillos y las rodillas, Eichmann les pidió que aflojaran la presión de las ataduras, a fin de poder mantener el cuerpo erguido. Cuando le ofrecieron la negra caperuza, la rechazó diciendo: «Yo no necesito eso». En aquellos instantes, Eichmann era totalmente dueño de sí mismo, más que eso, estaba perfectamente centrado en su verdadera personalidad. Nada puede demostrar de modo más convincente esta última afirmación que la grotesca estupidez de sus últimas palabras. Comenzó sentado con énfasis que él era un *Gottgläubiger*, término usual entre los nazis indicativo de que no era cristiano y de que no creía en la vida sobrenatural después de la muerte. Luego, prosiguió: «Dentro de muy poco, caballeros, *volveremos a encontrarnos*. Tal es el destino de todos los hombres. ¡Viva Alemania! ¡Viva Argentina! ¡Viva Austria! *Nunca las olvidaré*». Incluso ante la muerte, Eichmann encontró el cliché propio de la oratoria fúnebre. En el patíbulo, su memoria le jugó una mala pasada; Eichmann se sintió «estimulado», y olvidó que se trataba de su propio entierro.

Fue como si en aquellos minutos resumiera la lección que su larga carrera de maldad nos ha enseñado, la lección de la terrible *banalidad del mal*, ante la que las palabras y el pensamiento se sienten impotentes.¹

Silencio. Las últimas palabras se repiten con insistencia: «La terrible banalidad del mal».

FIN

Michel Onfray, *El sueño de Eichmann*, 2008, pp. 47-92.

¹ Hannah Arendt, *op cit.*, p. 367.

Nota de Ricardo: las palabras que están en cursiva en el documento son las acotaciones y las partes dónde el narrador interviene, como están en un tipo de fuente distinta en el libro, yo lo pongo en cursiva (sé que esto te lo puedo decir en el correo, pero posiblemente no me acuerde de decírtelo por eso te lo escribo en cuanto comienzo este documento). También, la cuando hablan los personajes (Eichmann, Kant y Nietzsche), en el libro, la primera letra esta en un tamaño, las siguientes en otro, en el documento, voy a ponerlo subrayado y sólo con la primera letra en mayúscula.